

En espera esperanzada

Hermanas de todo el
mundo reflexionan



Un regalo de Adviento y Navidad de



GLOBAL SISTERS REPORT

COMUNICACIÓN AL SERVICIO DE LA VIDA RELIGIOSA

en español

Saludos navideños de Global Sisters Report

El tiempo de Adviento siempre ha conllevado una paradoja: es un tiempo tanto de espera como de plenitud, de anhelo y alegría. En un mundo que avanza a un ritmo implacable, las hermanas nos recuerdan que Dios se revela no solo en las respuestas que buscamos, sino en el propio acto de esperar con atención. Para las hermanas, esta práctica no se limita a estas cuatro semanas del año litúrgico, sino que da forma a su vida cotidiana de oración y ministerio.

En Global Sisters Report, tenemos el privilegio de compartir con ustedes algunos destellos de esta sabiduría. Nuestros reportajes son testimonio del valor y la creatividad de las hermanas que trabajan en todo el mundo, mientras que sus propias reflexiones, tal y como se reflejan en nuestras columnas, nos abren la puerta a la profundidad espiritual que sustenta ese servicio. En conjunto, estas perspectivas nos recuerdan que el trabajo por la justicia y la vida de oración nunca están separadas: son hilos del mismo tapiz.

Este libro electrónico de Adviento recoge las voces de las hermanas que han escrito para nosotros durante el último año, ofreciendo sus ideas como compañeras para vuestro propio viaje a lo largo de este tiempo litúrgico. Esperamos que sus reflexiones no solo os animen durante estas semanas previas a la Navidad, sino que también os sirvan de guía para vivir con más atención durante todo el año.

Al compartir esta colección con ustedes, también compartimos nuestra gratitud —por su lectura, por su acompañamiento— y esperamos que estas palabras les aporten un poco de calma en medio del ajeteo de la temporada.

Bendiciones para ustedes y para todos sus seres queridos en este Adviento y Navidad, ¡y que tengan un feliz y saludable Año Nuevo!

Soli Salgado
Editora

En nombre de todos nosotros en Global Sisters Report

Isabel, con firmeza, dijo ¡no!

POR MAGDA BENNÁSAR | 22 DE NOVIEMBRE DE 2024



(Foto: Pexels/Beyzaa Yurtkuran)

Isabel dijo no, pero antes, hacía unos meses, había creído y había dicho sí a lo imposible. Su vida cambió la historia, la suya y la nuestra, para siempre.

Llevo días dialogando con ese texto y sus personajes, y es tanta la fuerza que tienen, que me da temor empezar a escribir, porque no es fácil sacar a la luz interpretaciones que normalmente no se hacen. Puede ocurrir que, si las haces, te miren con sospecha en nuestra Iglesia tradicional.

Luego siento que por dentro me dicen: “Más sospecha que la que vivieron ellas, Isabel y María... imposible”. Qué fácil es y qué peligroso engrandecer y rezar a las personas que nos acompañan en nuestra travesía, pero menos fácil es desentrañar las verdades cronificadas que se interpretan desde un contexto histórico hoy ya anacrónico. Es urgente que a esas verdades las despojemos del polvo patriarcal para verlas a la luz de la Ruah y de los signos de hoy.

Deconstruir para reconstruir. Esta es la historia de Isabel.

A Isabel, por aceptar el anuncio del ángel hecho a su es-

pos, el sacerdote Zacarías, se le considera bisagra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ella, aunque no nos lo cuenta así, es una de las mujeres bastante invisibilizadas que hace posible la encarnación de Jesús, porque su aceptación del plan de Dios es paralela a la de María de Nazaret.

Ambas mujeres, llenas de vida, contra todo pronóstico, encabezan el Evangelio. Ellas son mujeres judías practicantes, y por su apertura al Espíritu del Dios vivo, posibilitan con sus vidas que una tradición en aquella época, que se estaba quedando mortecina, pueda evolucionar hacia un nuevo paso, que tendrá que alejarse de lo de antes para poder surgir. Y así nos lo cuentan, con pasión, los evangelistas.

La esterilidad de Zacarías e Isabel significa la esterilidad de la institución judía, expresada en su incredulidad al no dar el paso de la lógica a la fe: Zacarías replicó al ángel: “¿Qué garantías me das de eso? Porque yo soy ya viejo y mi mujer de edad avanzada”.

El ángel le repuso: “Yo soy Gabriel (que significa la fuerza de Dios), que estoy a las órdenes inmediatas de Dios, y me ha

enviado para darte de palabra esta buena noticia. Pues mira, te quedarás mudo por no haber dado fe a mis palabras...” (Lucas 1, 18-21).

Esa mudez significa que el judaísmo representado en la figura del sacerdote Zacarías dejó de alimentar su fe; significa que su relación con Dios es más de cumplimiento de sus leyes y múltiples prescripciones. La mudez también significa que ya no surgen profetas, porque su palabra dejó de encender la chispa de la fe en los corazones.

A partir de ahí, en el relato bíblico, es Isabel quien tiene la palabra, porque ella sí creyó y, por ello, quedó llena del Espíritu de Dios, que a través de su vida sencilla y abierta a la Ruah hace de su palabra profecía.

Por los textos sabemos que hay una historia preciosa, intercalada, que es el anuncio del ángel a María de Nazaret. El diálogo es absolutamente fascinante. La joven María, desde su transparente humildad, le hace preguntas al representante de Dios (Lucas 1, 34); a diferencia del representante de la institución sacerdotal, Zacarías, su actitud es abierta y disponible. No pide garantías, acoge el misterio, se fía y se lanza a una experiencia que cambia la historia y nos abre un camino de vida, de gestación, de dolor aceptado para dar a luz el proyecto de Dios.

María acompaña a Isabel; sus embarazos son para ellas un gozo y un misterio. La mayor con la joven, la joven con la anciana; como en nuestras comunidades, todas gestando vida, unidas por el mismo sentir.

Como decía, es Isabel quien toma la palabra cuando nace el pequeño. Según la tradición del judaísmo, sería el padre quien pondría el nombre a la criatura en esa cultura patriarcal... y además se pondría el mismo nombre que el padre.

“Pero la madre (Isabel) intervino diciendo: ‘¡No! Se va a llamar Juan!’” (Lucas 1, 60).

Isabel, con su sincero compromiso con el Dios de su vida, toma fuerza y recibe la palabra que escuchará toda la historia. Con esa autoridad interior, dobla y arquea la institución y al patriarcado, y será el mismo Zacarías quien, al acatar el plan de Dios a través de ella, recuperará la palabra, ahora más dócilmente, desde la casa donde vivían, no desde el templo donde tenía el trabajo de sacerdote, rezando en nombre del pueblo.

Y aquí estamos, queridas hermanas, en esa coyuntura histórica. Tal vez muchas nos sintamos estériles porque la institución tal o cual...

Yo, apoyada por esa palabra, por esa mujer, por Isabel, deseo compartir que este tiempo que nos toca vivir es tiempo

de escucha atenta para irnos haciendo más y más servidoras de la Palabra de Dios, que tiene la fuerza de derribar las férreas torres institucionales para otorgar la palabra a las personas que la institución invisibiliza.

Nuestro llamado al profetismo, que recibimos en el bautismo, a ser sacerdotes, profetas y pastoras, que luego ratificamos de un modo muy potente al realizar nuestros votos o promesas de consagración, nos indica un camino de renovación, de evolución.

A veces serán las voces de las hermanas mayores las que dirán, como Isabel: “¡No! Por ahí no; no vayamos a perpetuar tradiciones obviando el Evangelio, el cual —con su desnudez, desinstalación y dinamismo interno— nos conduce a lo desconocido que, si es de Dios, será bueno”.

Otras veces, las menos mayores, tendremos que proponer con la vida y la palabra proyectos de autenticación y actualización de nuestras propuestas y ministerios.

Deconstruir para construir: así es la historia de las mujeres bíblicas y la nuestra. La evolución vendrá si asumimos el ministerio de “ser bisagras”, de decir no a lo viejo, de empujar esa puerta que se abre aparentemente al vacío, pero es que ese es el camino de la fe y el del futuro inminente de la vida consagrada, de la vida en el Espíritu.

Jesús tuvo que separarse de la institución porque le impedía ser él mismo. La institución llegó a quitarle de en medio, pero su Espíritu es el que impregna nuestras vidas; es el que posibilita la gestación que el momento histórico necesita. Para ello respondimos a su llamado.

Decir no puede parecer negativo, pero puede posibilitar cerrar sótanos para abrirnos a la luz. Ya desde la casa, su casa, lugar donde el Espíritu habita, los dos dan vida a Juan Bautista, que nos mostrará el camino que conduce a Jesús.

Y hoy nosotras damos vida a estas historias que están ahí para ser reencarnadas en los diferentes lenguajes de hoy.

Decimos no para poder decir sí y dejar que la vida siga su evolución.

[María Magdalena Bennásar (Magda), de las Hermanas para la Comunidad Cristiana, es española. Sus estudios de teología le dieron una base para el carisma de la oración y el ministerio de la palabra con un énfasis en la espiritualidad y las Escrituras: enseñando, dirigiendo retiros y talleres, creando comunidad y formando líderes laicos en Australia, EEUU y España. Actualmente, trabaja en la eco-espiritualidad y busca un espacio para crear un centro o colaborar con otros.]

¿Qué tiene el Adviento?

POR TRACEY EDSTEIN | 25 DE NOVIEMBRE DE 2024



(Unsplash/Eric Rai)

Mientras visitaba un famoso jardín público en plena época navideña, un querido amigo que me acompañaba me dijo: «Supongo que no veremos ninguna referencia a Jesús».

Al ponerse el sol y caer la noche, casi a las 8 de la tarde, los jardines, resplandecientes a la luz del día, cobraron vida. Regalos de Navidad de gran tamaño envueltos en cintas, la fiesta del té del Sombrero Loco, Papá Noel en Australia liderado por seis boomers blancos (¿aceptable de nuevo después de Rolf Harris?), en otro lugar otro trineo tirado por los renos obligatorios, una versión con luz y sonido de «The Twelve Days of Christmas», un carrusel y una noria, ambos en funcionamiento, el zapato de cristal de Cenicienta ampliado muchas veces, el tren y el avión de Papá Noel, etc.

Todo era mágico, encantador, fascinante. No había nada que no se pudiera disfrutar.

La banda sonora era agradable, pero decididamente secular, sin sorpresas.

Desde hace tiempo, casi todo se puede «navideñizar»:

personajes de Disney, animales de la selva, así como la flora y la fauna locales, pueblos de estilo europeo, clásicos de la literatura, playas australianas o escenas del bosque, y mucho más. Todo es oro comercial, por supuesto — conozco a gente que visita el jardín todos los años— y supongo que, en una defensa un tanto floja, introduce un poco de magia en el ajetreo y las preocupaciones de la vida en el primer mundo.

Pero entonces, escuchamos una voz sonora que narraba un cuento que no era de los hermanos Grimm ni del lugar más feliz de la tierra, ni siquiera de la literatura clásica, sino del evangelio de Lucas.

«Estaban en Belén cuando llegó el momento de dar a luz, y ella dio a luz a un hijo, su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en el mesón» (Lc 2, 6-7).

He aquí que apareció un belén de tamaño mayor al real, y a medida que se nombraba a cada personaje, la figura se iluminaba gloriosamente desde dentro. El ángel Gabriel estaba posado en un árbol, y su momento se iluminaba adecuadamente cada vez que se contaba la historia, en

bucle, por supuesto.

Mientras disfrutábamos de la historia familiar, pero siempre nueva, llena de sonido y furia, que lo significaba todo, oímos una vocecita detrás de nosotros: «Mamá, ¡hay un hada en el árbol!».

Gabriel puede haberse sentido avergonzado, con razón, pero, en realidad, ¿quién podría culpar a la niña? Ha crecido en un mundo en el que los jardines de hadas y los vestidos de hadas, los pasteles de hadas y los cuentos de hadas (aunque, en general, mucho más censurados que los cuentos de Grimm) son omnipresentes y no se cuestionan.

Entonces, ¿por qué un personaje vestido de blanco en un árbol en Navidad no iba a ser un hada? ¿Qué otra cosa podía ser?

Cuando la generación de mis padres era pequeña, las golosinas y las celebraciones eran escasas. La Navidad se esperaba con impaciencia, pero según los estándares actuales, era una fiesta discreta.

En esta ventana de una iglesia que representa la Anunciación, el ángel Gabriel aparece ante María para anunciarle que será la madre de Jesús. La ventana es de la iglesia de Santa María en Willmar, Minnesota (CNS/Crosiers).

Culturalmente, la Navidad en el hemisferio sur lucha por igualar el impacto de la Navidad del norte, simplemente por el exceso de luz que experimentamos. No esperamos la llegada de la luz, estamos bañados en ella. Y en los estados donde rige el horario de verano, ¡tenemos aún más luz! Lo sé, no es cierto, pero lo parece. Si se da un paseo en coche para ver casas al estilo Griswald, hay que esperar a que oscurezca para apreciar su esplendor. Del mismo modo, los espectáculos de luces navideñas como el descrito anteriormente no comienzan hasta las 7 de la tarde o más tarde.

Todas las imágenes en movimiento y las delicias musicales de estos espectáculos son magníficamente atractivas, pero me sentí atraída por las propuestas más sencillas (en términos relativos). Hay algo en una luz más pura que te atrae. Por ejemplo, una avenida de globos brillantes —¿o eran globos aerostáticos? — me invitó a caminar por allí. He visto imágenes de otros espectáculos de luces —porque eso es lo que son en realidad— que crean un

efecto de túnel por el que caminan los visitantes. Es una especie de mini peregrinación que une a las personas en un espíritu de buena voluntad.

Aunque la intención es en gran parte, si no totalmente, comercial, creo que en una sociedad secular estas experiencias (que, hay que reconocerlo, no están al alcance de todos) pueden ofrecer al ojo perspicaz un atisbo de la historia que todos celebramos en esta época del año.

El viaje, los regalos, el camino iluminado por una estrella, el bebé tan esperado, los nuevos padres lejos de su hogar y de lo familiar, los extraños que se cuelan en la historia... Todos estos son elementos clásicos de los relatos arquetípicos, pero la historia es nuestra historia.

Disfrute de estos eventos anuales, si puede, por supuesto, pero ¿por qué no dedicar un tiempo a reunir los hilos y situarlos en el contexto de la historia más amplia de la que todos formamos parte? Si tiene hijos, no les prive de ello y no dé por sentado que conocen la historia. Un belén, que de repente está de moda, le ayudará, teniendo en cuenta que los niños querrán participar y reorganizar los personajes. Hable de ellos por su nombre, al fin y al cabo, ¡forman parte de la familia!

No se gana mucho despreciando los aspectos fantásticos de esta época del año; quizá, como sociedad, nos merecemos lo que tenemos. Pero hay muchas oportunidades en las formas creativas en que nuestro mundo contemporáneo vuelve a contar las historias y las celebra. Sea parte de ello.

[Tracey Edstein es una asociada de las Hermanas Dominicas, convocante de los Asociados Waratah de las Hermanas Dominicas de Australia Oriental y las Islas Salomón. Durante muchos años fue profesora de secundaria de inglés y estudios religiosos, y coordinadora de estudios religiosos en colegios estrechamente vinculados a los carismas marista y dominico. Después fue editora de Aurora, la galardonada revista mensual de la diócesis de Maitland-Newcastle, Australia. Es una feligresa activa implicada en la formación en la fe de adultos y escritora independiente.]

«Dios viene, viene, siempre viene»

POR REXILLA RAYMOND | 27 DE NOVIEMBRE DE 2024



(Unsplash/David Gabric)

Como religiosa, a menudo encuentro consuelo en las vísperas de la tarde, cuando cantamos una prosa de Gitanjali, de Rabindranath Tagore:

¿Has oído sus pasos silenciosos? Él viene, viene, siempre viene.

Cada momento y cada edad, cada día y cada noche, él viene, viene, siempre viene.

Muchas canciones he cantado en muchos estados de ánimo, pero todas sus notas siempre han proclamado: «Él viene, viene, siempre viene».

En los fragantes días de abril soleado, por el sendero del bosque, él viene, viene, siempre viene.

En la penumbra lluviosa de las noches de julio, en el carro atronador de las nubes, él viene, viene, siempre viene.

En la tristeza tras la tristeza, son sus pasos los que oprimen mi corazón, y es el toque dorado de sus pies lo que hace brillar mi alegría.

La profunda conciencia de Tagore de la presencia de Dios resuena profundamente en mí. Repite una y otra vez: «Él viene, viene, siempre viene». Cada línea dice mucho: tanto si se cree en Dios como si no, Dios viene y está ahí, a menudo invisible en todo.

En el campo de la enfermería obstétrica, los retos me parecen abrumadores, pero también muy gratificantes. Una parte importante de mi trabajo consiste en actuar como enlace con las mujeres que se enfrentan a la presión de interrumpir su embarazo. Mi carrera como enfermera médica y quirúrgica abarca más de 20 años, enriquecida por experiencias en salud pública y obstetricia.

En la India, el embarazo de una mujer soltera se considera a menudo tabú y un escándalo.

Una noche lluviosa de agosto de 2014, durante un aguacero torrencial, trajeron a nuestra clínica del convento a una mujer que se quejaba de sangrado excesivo y dolor abdominal intenso, agravado por hipertensión. Como su madre mencionó que no estaba casada, supuse que simplemente era obesa, no embarazada. Dividida entre mi deseo de ayudar y su negativa a permitirme realizar un

examen pélvico, sentí que se desataba una tormenta en mi interior, igual que la que había fuera. Finalmente, le administré analgésicos y la envié a hacerse una ecografía, que reveló la impactante verdad: estaba embarazada a término completo.

La niña que dio a luz sufría síndrome de aspiración de meconio debido a la hipertensión arterial de la madre. Trágicamente, la madre se negó a aceptarla.

Una pareja carismática que adoptó a la niña la devolvió ocho días después, quejándose de fiebre alta y dirigiéndome palabras abusivas. Mis superiores, irritados por su lenguaje abusivo, me reprendieron por aceptar a la niña en el convento, así que una de mis alumnas de obstetricia se la llevó a su casa.

El destino de esa niña me atormentaba día y noche, especialmente con la creciente presión de la comunidad. Durante las novenas en honor a la natividad de la Virgen María, recé con fervor: «Virgen María, estos días muchas mujeres claman a ti por el don de un hijo. Por favor, envía a una mujer compasiva para que adopte a esta niña. Que este sea tu regalo de cumpleaños para mí».

El 8 de septiembre, día del nacimiento de la Virgen María, recibí una llamada de una pareja que había perdido cuatro bebés por aborto espontáneo, expresando su deseo de adoptar a la niña incondicionalmente. Lloré de alegría por este milagroso regalo de unos padres para la niña.

Después de entregar legalmente a la niña, a la que llamé Zeline, que significa «digna», fui testigo de su crecimiento como una bendición para su familia. Durante la novena de la Divina Misericordia, prediqué una homilía en la que decía: «No soy la madre biológica de esta niña, pero he sido instrumental en dar a luz la imagen viva del niño Jesús en esta familia temerosa de Dios». Al verla prosperar bajo el cuidado de unos padres compasivos, sentí que la Sagrada Familia de Nazaret me acompañaba en mi ministerio de comadrona.

Comparto esta experiencia no para tomar partido en el debate sobre el aborto, sino para subrayar que, como enfermera, mi papel es colaborar con nuestro Dios que da la vida. Al igual que Tagore experimentó la presencia

de Dios en cada situación, en cada alma, humana o no, yo también he experimentado a menudo la presencia de Dios en cada ser.

En mi ministerio de comadrona, la alegría de sostener a cada recién nacido es similar a acunar al niño Jesús. Esta experiencia me impulsa a garantizar que ninguna mujer pierda la esperanza en el milagroso poder creador de Dios.

Mi ministerio de comadrona ha adquirido una dimensión profunda: me esfuerzo por hacer justicia a todos los niños no nacidos, preparando a las mujeres, casadas o solteras, para acoger al niño Jesús en forma de un niño no deseado, independientemente de su sexo o identidad.

El poema de Tagore comienza con una pregunta conmovedora: «¿No has oído los pasos silenciosos de Dios?». La esencia de este poema es clara: Dios viene en cada momento. Su presencia no se limita a un solo momento, sino que es un acontecimiento continuo y amoroso.

Al igual que Tagore percibe la presencia de Dios en pasos silenciosos, nosotras también podemos experimentar su llegada en nuestra quietud. «Quédate quieto y reconoce que yo soy Dios» (Salmo 46:11). Esta conciencia nos ayuda a reconocer que el Adviento existe en todas las estaciones, lo que nos permite celebrar la Navidad en cada momento, especialmente con la llegada de cada nueva vida.

[La hermana Rexilla Raymond, de la India, pertenece a las Hermanas Para la Comunidad Cristiana. Es una enfermera con 19 años de experiencia en diversos puestos, entre ellos el de enfermera jefe, supervisora de cuidados geriátricos, instructora de la escuela de auxiliares de enfermería, coordinadora médica y supervisora de enfermería hospitalaria. Ha asistido en cirugías de ginecología y oncología. También ha trabajado como supervisora de estudiantes de auxiliar de enfermería y ha supervisado los resultados de los servicios médicos. Recibió el premio a la mejor enfermera en 2012 y completó el curso de gestión del ICN. Actualmente, además de su trabajo a tiempo completo como enfermera, está cursando un posgrado en enfermería.]

Prepara una habitación en la posada para este Adviento

POR ROSEMARY WANYOIKE | 4 DE DICIEMBRE DE 2024



(Unsplash/Kenny Eliason)

Asocio la temporada de Adviento con el desarrollo de un misterio nacido y criado en la cotidianidad de la vida. El Adviento es una temporada tranquila cuyos frutos se hacen visibles en Navidad con el nacimiento de Jesús.

Mientras esperamos el nacimiento de Cristo, como en cualquier otra espera, los días pueden ser pocos, pero parecer largos dependiendo de en qué nos ocupemos mientras esperamos. Comprender la razón de nuestra espera puede ayudarnos a mantener la paciencia. Decidir cómo esperar es igualmente importante.

La venida de Jesús para compartir nuestra humanidad conmemora un gran acontecimiento en la historia de nuestra salvación. El hecho de que Dios vaya a morar entre nosotros y nos redima debería provocar en nosotros una acción basada en nuestra decisión sobre cómo queremos que nos encuentre.

Al crecer, mi madre me enseñó a ser una gran anfitriona. Esperábamos visitas en diferentes momentos y yo podía ver la energía que ella ponía en ello. Esto no solo incluía a mi familia inmediata, sino también a los vecinos

y a cualquier otra persona que pudiera ayudar a que los invitados se sintieran cómodos con nosotros. Esto ocurría principalmente cuando venía un visitante «muy estimado».

Empezábamos por asegurarnos de que hubiera su comida favorita. Los niños se encargaban de limpiar la casa, incluyendo quitar las telarañas y ordenar el patio, lo que incluía limpiar los arbustos. También nos asegurábamos de que nuestra mejor ropa («la de los domingos») estuviera lista, aunque no fuera domingo. Era todo un acontecimiento recibir a un visitante así. Todos se esforzaban por cumplir con su parte a la perfección para que nuestro visitante recibiera lo mejor. Algunas tareas, como preparar el pienso para los animales, se realizaban el día anterior. A medida que se acercaba el día, se mantenía una comunicación constante con el invitado para confirmar su llegada. Además, algunos vecinos formaban parte del «equipo de espera»; mi madre los invitaba a dar la bienvenida a nuestro visitante. Sus visitantes se convertían en visitantes de la comunidad.

Todo esto se hacía para garantizar que, cuando llegara

el visitante, pudiéramos estar presentes y dedicarle toda nuestra atención. Esto sugiere que, antes de que llegue el visitante, hay mucho trabajo detrás y que una visita de calidad no es algo que simplemente ocurre. Requiere todo nuestro ser.

Imaginemos todos estos preparativos para una persona terrenal. ¿Cuánto más deberíamos hacer para la venida de Jesús, nuestro Redentor? Esto implica comenzar a prepararnos a nivel personal y extenderlo a quienes nos rodean y a la sociedad en general. El esfuerzo que mi madre ponía en esperar a sus visitantes me da una idea de la experiencia que deberíamos tener al esperar el nacimiento de Jesús. Jesús viene para nuestra redención; trae amor, alegría y paz.

Hoy, el mundo necesita estos dones más que nunca. Hay mucha inquietud, si pensamos en las catástrofes naturales, como las tormentas en Florida y las inundaciones repentinas en España. Del mismo modo, la guerra está devastando nuestro mundo. La guerra se ha convertido en una forma de vida. Esto me plantea una pregunta: ¿cuántas vidas deben perderse para que los líderes mundiales intervengan? Es difícil ver a personas desplazadas de su hábitat natural, mujeres y niños que quedan viudos y huérfanos, sin un lugar al que llamar hogar. Muchas veces me he preguntado: ¿Sigue pasando algo bueno en nuestra sociedad? Son situaciones traumáticas y, en momentos así, solo Dios puede satisfacer nuestra búsqueda de esperanza. Por lo tanto, la venida de Jesús exige una preparación más profunda que se centre tanto en nuestro bienestar espiritual como físico.

Si lo que ocurrió en mi familia mientras esperábamos una visita sirve de indicio, creo que una lista de cosas que hacer mientras esperamos la llegada de Jesús sería algo así: Seguiríamos recordando el día de la llegada de la visita, en este caso, la Navidad. Por lo tanto, todas nuestras acciones se centrarían en hacer que ese día fuera lo más especial posible. Básicamente, marcaríamos ese día en el calendario. Del mismo modo, tendríamos que reflexionar sobre nuestra relación con Cristo y determinar la manera más adecuada de prepararnos para él y para recibirlo. La Virgen María, mientras esperaba el nacimiento de nuestro Señor, fue a quedarse con su prima Isabel durante su embarazo (Lucas 1:39, 56). De manera similar, Juan el Bautista preparó al pueblo para recibir al Señor (Juan 1:6-8), cumpliendo así la profecía de Isaías (40:3).

Como vemos, la limpieza es importante cuando se espera a un visitante. En este sentido, creemos que nuestro corazón es la morada de Dios, por lo que es el espacio que debemos ordenar para la venida de Jesús. Esto implica dar un giro significativo a nuestra vida espiritual. Algunos pueden optar por el sacramento de la reconciliación, mientras que otros pueden decidir hacer las paces con personas con las que no han estado en buenos términos, entre otras opciones personales. De esta manera, podemos crear un ambiente acogedor para Jesús.

El sentido de la acogida se extiende al mundo exterior, de forma análoga a como invitamos a nuestros vecinos cuando viene una visita. Por lo tanto, el Adviento podría servir como un tiempo de renovación y ampliación de la familia de los fieles. Esto implica dar a conocer a Cristo a quienes aún no lo conocen, afirmar a los que tienen una fe fuerte y animar a los que han creído en Cristo, pero se han alejado. Es un tiempo para hablar del nacimiento de Cristo y de la importancia de su venida a vivir con nosotros. Por su naturaleza, el Adviento es un tiempo para contar la historia de Jesús.

Mientras nos preparamos para la venida de Cristo, recuerdo que él es un visitante diferente. No viene como el visitante que mi madre estaría esperando; viene como un bebé, indefenso y vulnerable, a merced de la sociedad. Al pensar en esto, mi corazón se dirige a los niños de nuestro mundo actual. ¿A qué tipo de mundo viene Jesús? Hay tanta violencia en el mundo hoy en día. Pienso en los niños de Gaza, Líbano, Israel, Ucrania y Rusia, entre otras partes del mundo afectadas por la guerra y la inestabilidad política. El impacto del cambio climático también está golpeando con fuerza, como lo demuestran las inundaciones y tormentas que perturban el curso normal de la vida.

Esto hace que parezca que el niño Jesús no encontrará a nadie que lo acoja en su nacimiento. En cierto modo, la historia parece repetirse: «... no hay lugar en el mesón» (Lucas 2, 7). ¿No fue así hace más de 2000 años? Este Adviento nos llama a hacer del mundo un lugar mejor para todos, especialmente para los niños, las personas con necesidades especiales y los grupos económicamente vulnerables que más sufren cuando prevalecen las dificultades.

Al venir Jesús a traer alegría al mundo, me doy cuenta de que Dios nos invita a tener en cuenta a los niños en nuestras decisiones vitales. Los niños representan el futuro; al tener en cuenta sus necesidades en todos los programas de desarrollo, construimos automáticamente un buen futuro para todos.

Traducido por Carmen Notario

[Rosemary Wanyoike se formó como enfermera antes de unirse a las Hermanas de la Misericordia en Kenia. Ha trabajado en Turkana (Kenia) y en Zambia, donde atendió a personas con VIH/SIDA. Tras su profesión perpetua en 2008, asistió a un programa de formación en Irlanda y ahora dirige el programa de formación de su comunidad en Kenia.]

Un viaje de esperanza en medio de la guerra por el camino de la paz

POR OLGA SHAPOVAL | 6 DE DICIEMBRE DE 2024



Los 'bancos peregrinos', ubicados a lo largo del Camino de Santiago, ofrecen a los peregrinos un momento de descanso. La flecha amarilla representa la esperanza y la determinación de continuar. La autora, que vive en Kiev, Ucrania, pasó su retiro anual en peregrinación por Santiago de Compostela. (Foto: cortesía Olga Shapoval)

La guerra lo cambia todo. Es imposible adaptarse a ella. Obviamente, uno puede intentar aprender a vivir en un estado de guerra, dejar de tener miedo, aun sabiendo que el próximo misil o dron mortal puede impactar en tu casa o en la de tus seres queridos en cualquier momento. Sin embargo, es imposible aceptarlo. Desde el 24 de febrero de 2022 estamos corriendo un maratón por la supervivencia. Y aunque hace dos años aún había cierta esperanza en nuestros corazones de que esta pesadilla acabaría tarde o temprano, esa creencia ha empezado a debilitarse.

Hablando con otras personas consagradas, me he dado cuenta de que todos compartimos una experiencia común. Con la llegada de la guerra nuestras oraciones han cambiado, al igual que nuestra relación con Dios. Es como si hubiéramos crecido a través de ellas, haciéndonos más maduras y adultas. Lo que antes evocaba sorpresa o emoción, ahora apenas toca nuestros corazones. En cambio, los actos más pequeños de bondad humana, servicio y

sacrificio se convierten en pruebas convincentes de que Dios es amor. Nos encontramos menos interesados en escuchar respuestas a preguntas que ya no nos planteamos; por eso elegimos retiros anuales que ofrecen más silencio y concentración, en lugar de sermones y enseñanzas.

Vivo en un barrio de Kiev que soporta cada noche el mayor número de misiles y drones rusos con explosivos. Todo alrededor de mi casa está constantemente en llamas, con fuertes zumbidos y explosiones. A veces las sirenas antiaéreas no paran en toda la noche. En el mejor de los casos, tienes que esconderte entre las paredes del pasillo o del baño, y en el peor, pasas la noche en el metro. Cuando llegan noticias de muertos y heridos de todas partes, además de la oración de intercesión, no puedes evitar dar gracias a Dios por el don de tu propia vida. Empiezas a apreciar esta vida e incluso a verla de otra manera.

Quizá la experiencia más trágica fue cuando un misil ruso impactó en el hospital infantil Okhmatdyt. El hospi-

tal está a solo quinientos metros de mi lugar de trabajo y de camino a casa. Mientras estábamos escondidos en el pasillo, oímos explosiones y los sonidos de la defensa antiaérea, y leímos en nuestros teléfonos que esta vez las víctimas eran niños enfermos que, conectados a goteros y máquinas, esperaban para ser operados.

Uno no puede acostumbrarse a algo así; supera cualquier noción de crueldad humana. Sin embargo, plantea muchas preguntas sobre el sentido de la vida y la muerte, el sufrimiento, el mundo y la fe en Dios. Lo que más me impresionó fue cómo la gente acudía de todas partes para ayudar a retirar los escombros, transportar a los heridos y repartir agua potable y alimentos. Fue una manifestación de amor y solidaridad que habló con más fuerza que cualquier sermón.

Cuando llegó el momento de mi retiro anual, elegí un método poco convencional de terapia espiritual. Necesitaba recuperarme, reflexionar y pasar tiempo a solas conmigo misma y con Dios. También quería rezar y ofrecer mis pequeños sacrificios al corazón traspasado de Cristo, pidiendo fervientemente que la guerra terminara cuanto antes. Decidí emprender una peregrinación a Santiago de Compostela. Lo planifiqué de modo que cada día pudiera meditar la carta de Santiago del Nuevo Testamento, rezar el rosario y participar en la celebración de la Eucaristía.

No era fácil caminar 30 kilómetros cada día, a veces bajo una intensa lluvia o, por el contrario, con un calor insoportable. Había días en que no me quedaba ropa seca, sentía cada paso y presionaba mis propias ampollas. Sin embargo, pensaba en nuestros soldados que, arriesgando constantemente sus vidas, defienden mi país. Ellos duermen en búnkeres y mantienen valientemente sus posiciones en el frío, el calor y la lluvia. Recé por los médicos y voluntarios en el frente, quienes bajo el fuego cargan con heridos y fallecidos, proveen atención médica, reparten alimentos y evacúan a mujeres, niños e incluso animales domésticos. En resumen, encarnan plenamente el mandamiento del amor de Jesús. Mis pensamientos estaban con los que han perdido a seres queridos y amigos en esta cruel guerra. Su dolor nunca podrá ser atenuado ni comprendido plenamente.

Durante mi estancia en albergues, las primeras noches me despertaba al menor ruido. Me parecía oír explosiones y necesitaba buscar refugio urgentemente. Y cuando los aviones despejaban del aeropuerto cercano, soñaba con un cielo sobre Ucrania que por fin estaría despejado y en paz, libre de misiles mortales y aviones de combate.

Me sentí agradecida cuando peregrinos de distintos países se me acercaron a lo largo del camino para hablar. Vieron la bandera azul y amarilla en mi mochila y quisieron expresar que se acordaban de nuestro dolor. Sus sonrisas amistosas, abrazos cálidos y palabras de apoyo parecían mensajes de Dios: "¡Estoy aquí! Te quiero!". Cada acto de solidaridad era como una oración escuchada. En efecto, hay más bondad que maldad en el mundo, incluso cuando a veces parece que estoy viviendo en lo más profundo del infierno. La guerra es el infierno en la tierra, pero pone claramente de relieve la luz frente a la oscuridad.

Llegué a Santiago cansada pero muy contenta. Según la leyenda, los testigos del martirio de Santiago en Tierra Santa colocaron su cuerpo en una barca, que navegó hasta la localidad de Padrón, en la costa de Galicia, desde donde se trasladaron las reliquias a Santiago de Compostela.

Rezando ante la tumba de Santiago, me encontré pensando que ya no pedía nada. De mi corazón brotaron palabras de gratitud. "Todo buen regalo, todo don acabado viene de arriba, del padre de los astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra" (St 1, 17). Su amor es más fuerte que cualquier sufrimiento y muerte. Y aunque pronto tendré que volver a la dureza de la guerra, me llenó de esperanza saber que Dios iluminaría sin duda su campus stellae (campo de estrellas) sobre Ucrania.

Traducido por Carmen Notario

[Olga Shapoval es hermana de la Orden de Vírgenes de la diócesis de Kyiv-Zhytomyr, Ucrania. Es licenciada en Filología por la Universidad Internacional de Kiev, con especialización en Lengua y Literatura Inglesa, Francesa e Italiana. También completó estudios en el Instituto de Ciencias Religiosas Santo Tomás de Aquino de Kiev como catequista y evangelizadora. Durante varios años enseñó catecismo a niños y dirigió encuentros de Taizé para jóvenes en Kiev. Actualmente trabaja como secretaria en la curia diocesana y como traductora en la nunciatura apostólica en Ucrania.]

Naturaleza y Adviento

POR MAGDA BENNÁSAR | 20 DE DICIEMBRE DE 2024



Imagen de un charrán ártico. (Foto: Pixabay Matthias Kost)

Hace unos días encontré unas notas que tomé del periódico La Vanguardia del año 2017. Veo que sigue fascinándome lo que descubro en ellas de maravilloso y a la vez inadvertido por la mayoría de nosotras. Ahora, a las puertas de Navidad, deseo compartir algunas de esas frases para que amplíemos nuestra mirada y vayamos más allá de los humanos, ya que es todo el Universo quien nace y renace continuamente, y el Espíritu de Dios también está en todo ello.

"... el charrán ártico es capaz de recorrer 90 000 km, pasar 273 días lejos de sus colonias y, pese a encontrarse a miles de kilómetros de su hogar, encontrar siempre su camino de vuelta. El ser humano, si pierde de vista su meta, no es capaz de mantener un rumbo estable más de 8 segundos".

"Los inuits, pueblos que habitan las regiones árticas, establecen puntos de referencia en la tierra para orientarse y componen canciones que les permiten recordar el paisaje. Al cantar, la letra les dibuja el camino en la mente".

"Los vencejos no necesitan descansar y pueden pasar hasta 10 meses en el aire, alimentándose de lo que el vien-

to les trae".

"El cascanueces americano esconde semillas en lugares esparcidos a lo largo de unos 260 km² para sobrevivir al invierno. Un solo pájaro puede esconder más de 30 000 semillas en unos 6000 escondites distintos".

"Cada riachuelo tiene un particular buqué de fragancias que produce en el salmón una impronta antes de emigrar al océano y que luego utiliza como señal para identificar su afluente natal...".

No quiero agobiar con más datos. Simplemente te invito a hacer una lectura orante de esta información, de la Palabra de Dios extendida maravillosamente a lo largo y ancho del planeta. En estos días, con todo lo que se publica sobre guerras que en cualquier momento pueden desatar algo más global, tal vez olvidemos lo esencial.

Los seres que he mencionado, y miles más, saben encontrar el camino de vuelta a casa. Estén donde estén, pasen lo que pasen, vivan lo que vivan en el camino. El retorno está asegurado, está grabado dentro de el-

los mismos. Utilizan todos sus sentidos para volver a casa. El objetivo no es solo volver, sino vivir de tal manera que jamás olviden cómo volver.

Para mí, este Adviento está siendo esa brújula interior que me reorienta hacia casa, hacia ese lugar de kairós, ese espacio-tiempo de Dios.

¿Qué es casa? Más que unas paredes, que pueden o no existir, volver a casa es estar en contacto con tus raíces profundas, más allá de tu apellido y lugar de origen. Son las raíces de Dios mismo en ti. Volver para nutrir las y cuidarlas, porque en esta casa soy libre, feliz y estoy cómoda en todas las dimensiones de la vida: física, intelectual y espiritualmente.

Volver a casa es saber descubrir las semillitas, las canciones, los vientos, los aromas y los colores que, al percibirlos, sabes que hablan de tu camino, de lo tuyo. Sabes que gracias a todo ello eres quien eres y estás en casa, y sabes cómo volver a ella. Esa casa es tu vida, tu 'vida', y tú la diseñas, construyes, reparas, decoras, y quitas alarmas y cerrojos para convertirla en una 'tienda' de acogida en tu desierto y en el de tantas personas en desiertos inhóspitos.

Tu casa, es tu nido, tu espacio, el lugar donde convocas a los que amas, a los que cuidas, curas y mimas. De la misma manera, este lugar te mima, cuida y cura, estés donde estés.

Te invito a visualizar tu casa, tu tienda y tu camino de vuelta al espacio sagrado, donde el 'amor' es carne de tu carne, donde gestas vida y la das.

Y no olvides las flores que colorean absolutamente todo, ni el aroma del pan en tu horno, ni te olvides de invitar a los que añoras. Tal vez alguno ya no esté. Invítale a tu casa y dile lo que no le dijiste suficientes veces. Esto se llama hospitalidad contigo misma.

Durante estas semanas, muchos y muchas de nosotros estaremos expectantes por vivir una Navidad más real, que penetre en la fibra social con sus canciones de paz y

sus largas noches de oscuridad, que nos invitan a estar en casa, que nos 'invitan a invitar', acoger y escuchar.

Recuerda: nunca se viene abajo nuestra casa, solo cuando dejamos de habitarla. Así nos lo enseñan los místicos. Sabiduría de siglos, sabiduría del planeta que nos descubre desplazados y nos obliga a regresar a casa. Lo hacen también los insectos, las aves, los Inuits o esquimales, quienes encuentran el camino con cantos, semillas, tiempo para estar en familia, para cocinar, para orar y dialogar. Si apagamos todos los aparatos, encontraremos algún momento para simplemente 'estar'.

Y también debemos darnos tiempo, con inteligencia intuitiva, para preguntarnos, si algo me inquieta: "¿No estoy cómoda en casa?". Si no logras encontrar ese hueco, sigue el cosquilleo, síguele el rastro a la tristeza, a la añoranza. Saca lo que te inquieta al sol, a la luz, míralo despacito, a la cara. Ponle nombre y sigue el camino a casa.

En el camino de regreso, recoge las semillas, ábrete a los vientos que te nutren y, como el salmón, recuerda la impronta que te dejó tu riachuelo natal. Acoge ese momento de volver como una bendición. Tú decides el sendero de vuelta.

[María Magdalena Bennásar (Magda), de las Hermanas para la Comunidad Cristiana, es española. Sus estudios de teología le dieron una base para el carisma de la oración y el ministerio de la palabra con un énfasis en la espiritualidad y las Escrituras: enseñando, dirigiendo retiros y talleres, creando comunidad y formando líderes laicos en Australia, EEUU y España. Actualmente, trabaja en la eco-espiritualidad y busca un espacio para crear un centro o colaborar con otros.]

¿Oyes lo que yo oigo?

POR JANE MARIE BRADISH | 23 DE DICIEMBRE DE 2024



"The Holy Women at the Tomb" by Dutch painter Jan Baptist Weenix (Artvee)

La canción navideña «Do You Hear What I Hear» no fue escrita originalmente para Navidad. Más bien, fue compuesta como un llamamiento a la paz durante la crisis de los misiles cubanos a principios de la década de 1960. Al crecer, sin conocer el contexto de la canción, me fascinaban sus imágenes: el viento, el cordero, la estrella, el pastor, la canción, el rey y el niño dormido.

Hoy en día me fascinan más las preguntas que plantea la canción que las imágenes que menciona. Según mi experiencia, por mucho que lo intentemos, nadie puede ver, oír, saber o escuchar como sugiere la letra de la canción. Ver y oír, aunque son sentidos, son mucho más que simples sentidos. Muchos hablan de un «conocimiento interior», una «corazonada» o «leer entre líneas».

En mi lugar de trabajo, veo a casi mil personas cada día. La mayoría de las veces, veo caras, eso es todo. No veo lo que pueden llevar consigo: ansiedad, dolor, algo especial que están celebrando, etc. Oigo sus saludos, pero no oigo lo que todo su ser puede estar pidiendo de forma no verbal. Ni siquiera pretendo saber nada de nadie. ¿Y escuchar? Con tanto ruido en nuestro mundo actual... ¡Ay! Piensa en una experiencia que hayas tenido con el servicio

de atención al cliente.

Para mí, todo esto plantea la pregunta: ¿cómo puedo ver, oír, saber y escuchar? No importa cuánta formación y práctica tengas; esto es difícil.

Ver y oír puede ser lo más fácil de entender. El contacto visual puede revelar mucho. Alguien que dice «hola» puede tener «ojos tristes» o su tono puede delatar que algo pasa. Sin embargo, es fácil pasarlo por alto, ya que la mayoría de las veces decimos «hola» cuando vamos hacia alguien o hacia algún sitio, y puede que ni siquiera nos detengamos a esperar una respuesta. No estaría de más reducir la velocidad o estar más atentos. Aunque no se intercambien más palabras, una mirada puede establecer una conexión.

Saberlo es más difícil. ¿Cuántas veces has sentido o reconocido que algo «no iba bien», pero no has sido capaz de identificarlo? En Estados Unidos, y seguramente en otros lugares, vivimos a un ritmo frenético la mayor parte del tiempo. Saberlo requiere tiempo, reflexión y, sobre todo, honestidad.



(Unsplash/Walter Chavez)

Escuchar no es mucho más fácil. Si alguien no está seguro de lo que le está pasando, es imposible que lo articule. Para escuchar de verdad, tenemos que dejarnos a un lado, y eso es difícil.

El mundo en el que vivo es acelerado y ruidoso. Las conexiones con algún significado son raras. Ver, oír, saber y escuchar a menudo no forman parte de la realidad cotidiana. Me encantaría tener consejos y trucos que compartir, pero no los tengo. Así que llevé la canción y mis preguntas a la oración. ¡Hablando de frustrarse!

La oración consiste en ver, oír, saber y escuchar. Lo sé, o al menos eso creía. ¿Por qué me sorprendió entonces que mi oración fuera inquieta? En mi experiencia, la oración es un lugar de vulnerabilidad. También somos vulnerables cuando vemos, oímos, sabemos y escuchamos más allá de lo superficial.

Ver: Hay mucha belleza, pero también hay mucho dolor. Disfruto de todas las plantas y flores del jardín, y siempre espero demasiado para podarlas y arrancarlas para el invierno. Quizás espero que el ciclo natural de la muerte no llegue este año. En el fondo, sé que algunas de las plantas y flores no sobrevivirán. Es una realidad difícil de afrontar.

Escuchar: La mayoría de los medios de comunicación informan de cosas duras: guerras, hambrunas, desastres naturales, violencia. Puede convertirse rápidamente en algo abrumadoramente negativo y desesperanzador. Hay que esforzarse por encontrar y escuchar buenas noticias, y luego suelen ser efímeras. Hace mucho tiempo, un presen-

tador de noticias local solía despedirse cada noche con un «Mañana será mejor». Un presentador de noticias nacional actual se despide diciendo: «Cúdense y cúdense unos a otros». Qué maravillosos recordatorios para seguir intentándolo, por muy desalentadoras que sean las cosas en este momento.

Conocer y escuchar: Esto requiere que demos un paso al lado, que nos apartemos, por así decirlo. En un mundo tan centrado en el individualismo y en «superar» al otro, la voluntad de dar un paso al lado se considera a menudo una debilidad. Pienso en las interminables guerras en Oriente Medio. En una afirmación obviamente simplista, se trata de dos pueblos que durante siglos no han podido ponerse de acuerdo en nada, sin conocerse ni escucharse.

El mensaje de la canción de hace más de 60 años sigue siendo el mismo. Necesitamos ver, oír, escuchar y conocer, no solo a nosotros mismos, sino especialmente a los demás.

La pregunta que sigue surgiendo es: ¿estoy dispuesto a mostrarme vulnerable? Es un riesgo.

Traducido por Carmen Notario

[Jane Marie Bradish es miembro de las Hermanas Educadoras de San Francisco, una congregación internacional con sede en Milwaukee, Wisconsin. Creció en una familia de religión mixta, algo que considera una gran bendición y que le ayuda a desenvolverse en nuestro mundo diverso. Su ministerio es la enseñanza secundaria. Tras haber enseñado matemáticas, programación informática y teología, actualmente es la programadora académica de una gran escuela secundaria urbana y multicultural. En 2016 recibió el Premio Karen Smith del Proyecto ADAM del Hospital Infantil de Wisconsin por la implementación de programas integrales de RCP-DEA (reanimación cardiopulmonar y desfibrilador externo automático) para la comunidad escolar.]

La Navidad nos invita a crear un pequeño paraíso aquí en la tierra

POR MUDITA MENONA SODDER | 24 DE DICIEMBRE DE 2024



Un belén expuesto en Calcuta, Bengala Occidental, India, en diciembre de 2019. (Dreamstime/Subhamay Acharyya)

¿Y si esta Navidad nos permitiéramos convertirnos en una sinfonía de amor, dejando que transformara tanto nuestras vidas como el mundo que nos rodea? ¿Podemos ver esta época como un momento para ralentizar el ritmo, para redescubrir las pasiones y el propósito que dan melodía y sentido a nuestras vidas? Al hacerlo, quizá descubramos que el amor se convierte en la fuerza unificadora que da forma a nuestras vidas y a nuestro mundo de un modo que nunca hubiéramos imaginado.

Este tiempo nos brinda la oportunidad de seguir nuestros sueños, de explorar nuestros talentos y de alinear nuestras acciones con nuestros valores fundamentales. Al hacerlo, podríamos liberarnos de las cosas que nos distraen y centrarnos en lo que realmente importa.

La Navidad nos invita a pensar en cómo podemos crear un pequeño paraíso aquí en la tierra, cambiando nuestra forma de vivir. ¿Y si, en lugar de dejarnos llevar por el ajetreo de la vida, hiciéramos espacio para la disciplina, la honestidad, la humanidad, la moralidad y la

espiritualidad? ¿Y si permitiéramos que estos valores nos elevaran y nos unieran a la sinfonía cósmica del amor?

En el corazón de la historia de la Navidad está el regalo que Dios nos ha hecho: su único Hijo, enviado al mundo para salvarnos. La pregunta que podríamos hacernos es: ¿Podemos abrazar la esperanza que nos ofrece, hacerla realidad en nuestras vidas y compartirla con los demás?

En el mundo actual, dominado por la tecnología y el consumismo, es fácil sentirse desconectado. Con tantos retos globales, podríamos preguntarnos qué significa llevar la paz y la alegría a quienes nos rodean. ¿Y si esta Navidad dedicáramos un momento a estar con nuestros seres queridos, quizá preparando una comida especial o sorprendiendo a alguien con un sencillo gesto de amabilidad?

Es en estos pequeños gestos llenos de consideración donde podemos encarnar el espíritu de la Navidad. Po-

dríamos recordar la tradición de Kris Kringle y reflexionar sobre quién podría ser nuestro «amigo invisible». Quizá sea un vecino solitario o alguien que necesite un poco más de amor y atención.

Recuerdo una Navidad hace muchos años en la que, en lugar de visitar a mi familia, pasé el día con una anciana viuda que acababa de perder a su marido. Su hija, que había venido de Estados Unidos para el funeral, no pudo quedarse para Navidad. Esta viuda y su marido se habían convertido al catolicismo. Pasar tiempo con ella, escuchar la historia de su conversión y los muchos recuerdos felices de su vida matrimonial me llenó de alegría.

Para ella, fue una catarsis, una oportunidad para compartir su dolor y su gratitud. Para mí, fue un recordatorio de lo que es realmente el amor: no un ideal abstracto, sino algo que se vive en los momentos tranquilos e íntimos que compartimos con los demás.

Esta Navidad, al reflexionar sobre el poder de dar, tal vez descubramos que la victoria del bien sobre el mal, la belleza de la alegría sobre el desánimo y el poder de la luz sobre la oscuridad no son ideales lejanos, sino realidades que podemos abrazar en nuestra vida cotidiana.

Al adoptar una mentalidad de «menos es más» y fomentar conexiones más profundas, podemos despertar a la verdad de que todo es uno. El plan divino para la humanidad es uno de fraternidad, de reconocer que todos estamos unidos como criaturas de Dios.

Jesús inauguró un reino que aún se está desarrollando. ¿No sería maravilloso que trabajáramos para hacerlo realidad esta Navidad? Ayudar a restaurar la salud de los sistemas de la Tierra y garantizar que todos tengan lo que necesitan, tanto material como espiritualmente, podría ser una forma significativa de celebrar esta temporada. Descubrir mejores formas de convivir, de tratar nuestro planeta como un santuario

sagrado, convertirnos en Vasudhaiva Kutumbaka (una frase sánscrita que significa «todo el mundo es una familia») sería una forma extraordinaria de dar la bienvenida al Año Nuevo.

De cara al 2025, ¿qué pasaría si todos abrazáramos la idea de que el mundo entero es una familia, entretendida por hilos del mismo tejido cósmico? ¡Seguro que haría sonreír al niño en el pesebre!

Esta Navidad, al reflexionar sobre el poder de dar y la belleza de «menos es más», encontraremos conexiones más profundas que pueden despertarnos a la conciencia de que todo es uno. Esta Navidad, adoremos al niño en el pesebre, celebrando la unidad de la existencia, a través de nuestras palabras, acciones y cuidado mutuo.

¡Feliz Navidad y un Año Nuevo 2025 lleno de gracia!

Traducido por Carmen Notario

[Mudita Menona Sodder, de Mumbai, pertenece a la Provincia india de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Actualmente es la coordinadora de JPIC de la Provincia india para su congregación. Durante los últimos 10 años, ha sido miembro activo de la Coalición por la Justicia de las Religiosas, presidenta de la Fellowship of Indian Missiologists, y se ha dedicado a tiempo completo al trabajo de eco-espiritualidad: retiros, conferencias, seminarios y actividades similares. Su formación académica fue en historia, sociología y antropología, y trabajó 50 años en la enseñanza y la administración como profesora, trabajadora social, guía, directora, gestora y asesora, con mucha experiencia en el trabajo por la justicia basada en la fe y la vida religiosa]

«La bondad y la verdad se encontrarán»

POR NANCY SYLVESTER | 25 DE DICIEMBRE DE 2024



Jesús fue capaz de aceptar lo que parecían contradicciones y se dio cuenta de que todos los que habitamos este planeta somos más parecidos que diferentes. (Unsplash/Greg Rosenke)

Siempre hay una primera mañana, cuando se acerca el invierno aquí en el medio oeste, en la que la nieve cubre ligeramente la tierra, creando un silencio palpable.

Cuando llegó este año, sentí una gran sensación de paz y expectación. Recordé un pasaje del Libro de la Sabiduría que siempre me ha gustado.

«Cuando el silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su veloz carrera, desde los cielos, desde el trono real, saltó tu Palabra todopoderosa» (18:14-15). Entonces me vino a la mente una imagen del Salmo 85: «La bondad y la verdad se encontrarán; la justicia y la paz se besarán».

La bondad y la verdad se encontrarán. La justicia y la paz se besarán. Parece una imagen adecuada para guiarnos durante este tiempo navideño.

La Navidad celebra la Encarnación, ese momento en el tiempo en que el Verbo, la conciencia de Dios, irrumpió en la persona de Jesús. Jesús encarnó la plenitud de la di-

vinidad y la humanidad. Él vio la totalidad de la realidad. Comprendió y experimentó las alegrías y los sufrimientos de la vida. Fue capaz de abrazar lo que parecían contradicciones y se dio cuenta de que todos los que habitamos este planeta somos más parecidos que diferentes. La Encarnación nos revela que, como hijos de Dios, nosotros también tenemos el potencial de acceder a nuestro yo divino y seguir viviendo la encarnación en nuestro mundo actual.

¿Cómo sería si la bondad y la verdad se encontraran, y la justicia y la paz se besaran en nuestras vidas y en nuestro mundo?

Me encanta la imagen que me evoca: dos valores que pueden entenderse de manera diferente, que podrían verse en oposición, se relacionan entre sí de una manera nueva. Se encuentran. Se besan. Ahora se influyen mutuamente, creando algo nuevo.

La bondad y la verdad se encontrarán. La bondad se de-



Comprometámonos a crear un futuro en el que la bondad y la verdad se encuentren y la justicia y la paz se besen. (Unsplash/Ditto Bowo)

scribe como la cualidad de ser amable, generoso y considerado. La verdad es el estado real de un asunto; la conformidad con los hechos o la realidad; un hecho verificado o indiscutible.

En el mundo actual, la verdad es difícil de determinar. Cada persona ve la realidad a través de su propio prisma de valores, suposiciones y visiones del mundo, y cree que es verdadera. Lo que no coincide con mi postura se considera una noticia falsa. Diferentes narrativas se entremezclan, como si las elecciones de 2020 fueran legítimas o no. Ninguna prueba que demuestre que las elecciones no fueron manipuladas puede convencer a quienes creen que sí lo fueron. Y para demostrar lo difícil que es ver la verdad del otro lado, me cuesta nombrar la narrativa que aquellos que piensan diferente a mí llamarían noticias falsas.

¿Podemos mantener nuestra verdad y seguir siendo generosos en nuestra disposición a escuchar la verdad de otra persona?

¿Cómo sería si la amabilidad y la verdad se encontrarán?

¿Podrían estar bailando, liderando y siguiendo en diferentes momentos? Ya no serían opuestos, sino partes necesarias de un todo. ¿Podemos mantener nuestra verdad y seguir siendo generosos en nuestra disposición a escuchar la verdad de otra persona? ¿Podemos suavizar nuestro deseo de demostrar que tenemos razón? ¿Podemos abrir el espacio dentro de nosotros para ser generosos al tratar de comprender la perspectiva del otro? ¿Podemos ofrecer nuestra verdad de manera que no juzgue, sino que invite al cuestionamiento y la búsqueda? ¿Podemos cambiar de opinión?

La justicia y la paz se besarán. La justicia tiene muchas interpretaciones, pero básicamente describe un concepto según el cual las personas deben ser tratadas de manera equitativa y justa. La paz es similar en la medida en que también se entiende de diversas maneras, refiriéndose

tanto a la sensación de seguridad y armonía de las personas como a la ausencia de disturbios civiles u hostilidades en las comunidades y los países.

¿Cómo sería si la justicia y la paz se besaran?
¿Podrían convertirse en socios para abordar los conflictos que surjan, invitando a las dos perspectivas a acercarse en las negociaciones? ¿Se puede resolver la violencia en Gaza con Israel sintiéndose seguro y los palestinos tratados de manera justa y equitativa? ¿Se pueden ver de otra manera los conflictos con la policía y diversos grupos en nuestras ciudades si ambos valores se plasmaran en las decisiones finales? ¿Podemos estar abiertos a ver si nuestro deseo de paz o justicia defiende uno de estos valores, pero no el otro? ¿Cómo, a través del amor, se acercarán lo suficiente como para besarse?

La bondad y la verdad se encontrarán. La justicia y la paz se besarán. Parece una imagen adecuada para guiarnos durante este tiempo de Navidad, en la que se reúnen familiares y amigos, algunos por primera vez desde las elecciones. La realidad de nuestro tiempo nos pide que elijamos conscientemente quiénes queremos ser y cómo queremos interactuar entre nosotros. Nuestra forma de vivir creará el futuro hacia el que avanzamos en este momento crítico.

Celebrems la Navidad de este año dedicando tiempo a sentarnos en el silencio, abriendo nuestros corazones en oración contemplativa «para mirar con amor y detenimiento lo real» y despertar a nuestro ser más íntimo. Tomemos conciencia de cómo nuestras palabras y nuestras acciones pueden reflejar mejor cómo estamos conectados y que somos más parecidos que diferentes. Comprometámonos a crear un futuro en el que la bondad y la verdad se encuentren y la justicia y la paz se besen.

¡Que ese sea nuestro regalo para los demás y para nuestro mundo en este día de Navidad!

Traducido por Carmen Notario

[Nancy Sylvester es fundadora y directora del Instituto para la Contemplación y el Diálogo Común. Ejerció el liderazgo de su propia comunidad religiosa, las Hermanas Siervas del Inmaculado Corazón de María, de Monroe, Michigan, así como la presidencia de la Conferencia de Liderazgo de Religiosas. Anteriormente fue Coordinadora Nacional de Network, el grupo de presión nacional católico por la justicia social. El ICCD inicia su tercera década con nuevos recursos y programas]

La Encarnación vive en el pueblo de Siria y Líbano

POR MONIQUE TARABEH | 27 DE DICIEMBRE DE 2024



La Iglesia Ortodoxa de la Santa Cruz vista desde la casa familiar de Monique Tarabeh en Siria. (Monique Tarabeh)

Era una mañana tranquila. Mientras caminaba por la capilla, los suaves rayos del sol naciente iluminaban el altar, proyectando largas sombras en el suelo. La quietud del espacio me invitaba a quedarme en reflexión y oración. Acababa de terminar mis oraciones de la mañana y me encontraba contemplando el profundo misterio de la Encarnación, un momento de la historia que cambió el mundo para siempre. Sin embargo, mientras estaba allí sentada, una pregunta agitó mi interior: ¿Con qué frecuencia vivo verdaderamente la Encarnación en mi vida cotidiana?

Mientras reflexionaba, los recuerdos de mi infancia en Siria volvieron a mi mente. Al haber crecido en Oriente Medio, la misma región donde nació Jesús, la Navidad siempre tuvo un significado especial. Recuerdo la alegría de la misa de medianoche, caminar por las calles adornadas con luces y decoraciones, el sonido de la música navideña que llenaba el aire y las risas de los niños que posaban con Papá Noel en cada esquina. Estos momentos sencillos pero profundos permanecen grabados en mi corazón.

Ahora me pregunto cómo será la Navidad hoy para quienes siguen viviendo en Siria, para mis seres queridos y para las innumerables familias cuyas vidas están marcadas por el miedo y

la incertidumbre. ¿Cómo se celebra cuando salir a la calle puede ser peligroso? ¿Cómo se encuentra la alegría cuando tu hogar ha quedado reducido a escombros? Para muchos, las calles que antes resonaban con música festiva ahora están envueltas en silencio o, peor aún, en el ruido lejano del conflicto. Y, sin embargo, la resiliencia de quienes siguen celebrando de forma modesta pero significativa me recuerda que el espíritu navideño no puede extinguirse.

Estas reflexiones me recuerdan la verdadera naturaleza de la Encarnación, el momento en que Jesús se hizo carne y entró en nuestro mundo. No es simplemente un acontecimiento pasado confinado a los anales de la historia. Es una realidad viva y palpitante, una invitación permanente a encarnar la presencia de Dios en nuestras acciones, decisiones y relaciones.

Este profundo misterio no está destinado a ser comprendido plenamente por el intelecto, sino a ser absorbido por el corazón y expresado en nuestra forma de vivir. Revela tanto la naturaleza de Dios, que eligió compartir plenamente nuestra experiencia humana, como la sacralidad de cada persona humana. Al elegir compartir nuestras alegrías y luchas, nuestras penas y triunfos, Dios nos invita a hacer tangible su presencia a través de nuestro amor y compasión.



El sol sale sobre Damasco, la mañana después de que los rebeldes tomaran la capital y derrocaran al presidente Bashar Assad, en Siria, el 9 de diciembre de 2024. (OSV News/Reuters/Amr Abdallah Dalsh)

Recuerdo mis primeros años en Líbano, donde comencé mi camino como religiosa. Nosotras, las hermanas, reuníamos a los niños y sus familias para celebrar la Navidad. Organizábamos fiestas sencillas, compartíamos regalos y creábamos momentos de alegría para los más necesitados. Esa labor continúa hoy en día, con nuestras hermanas llevando incansablemente un poco de Navidad a hogares agobiados por las dificultades y la incertidumbre. Para mí, esto siempre ha sido una expresión viva de la Encarnación: el amor de Dios que se hace presente en los pequeños actos de bondad que hacen visible lo invisible.

Como hermana del Buen Pastor, los escritos y la sabiduría de San Juan Eudes y Santa María Eufrasia Pelletier han marcado profundamente mi comprensión de la Encarnación. San Juan Eudes, nuestro padre espiritual, me recuerda que la Encarnación no es solo un recuerdo histórico que se celebra una vez al año, sino una realidad dinámica que nos llama a permitir que Cristo se encarne en nuestros corazones y en nuestras acciones.

Esto siempre ha sido una expresión viva de la Encarnación: el amor de Dios que se hace presente en los pequeños actos de bondad que hacen visible lo invisible.

Santa María Eufrasia, nuestra fundadora, no veía la espera como una pausa vacía, sino como un espacio en el que se despliega la gracia de Dios, donde la confianza en sus tiempos transforma nuestras vidas. Sus palabras me guían cada día, ayudándome a afrontar los retos con la fe de que, incluso en los momentos de incertidumbre, Cristo está con nosotros, trabajando silenciosamente con una presencia callada.

El Evangelio se hace eco de estas verdades en su relato del nacimiento de Jesús: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1, 14). Este versículo es más que una declaración de lo que ocurrió en Belén hace unos 2000 años. Es una proclamación de lo que sigue ocurriendo hoy en día en todos los corazones abiertos al amor

transformador de Dios.

En medio de las dificultades y la espera que enfrentan tantos en Siria y Líbano, veo la Encarnación viva en la resiliencia de la gente. Lo veo en las hermanas que continúan su ministerio a pesar de los obstáculos, en las familias que logran encontrar momentos de alegría incluso en la adversidad, y en cada pequeño acto de amor que ilumina la oscuridad. Estas silenciosas expresiones de esperanza y fe me recuerdan que la presencia de Cristo permanece con nosotros, incluso en los momentos más difíciles.

Este año, al reflexionar sobre la Navidad, me doy cuenta una vez más de que la Encarnación no es un acontecimiento pasivo. Es una invitación viva, un llamado a encarnar el amor de Dios en nuestra vida cotidiana. Vivir la Encarnación es hacer espacio para Cristo en nuestro corazón, dejar que Él transforme nuestra forma de amar, de servir y de dar testimonio de su presencia en el mundo.

A menudo, es en los actos de servicio más pequeños y silenciosos y en los momentos de espera donde encontramos la profunda realidad de la Encarnación. Al igual que Cristo entró en el mundo en la quietud de la noche, Él sigue entrando en nuestras vidas en los espacios silenciosos de la oración, en el calor de la comunidad y en nuestra compasiva ayuda a los demás.

Como dice el refrán: «Sé fiel en las pequeñas cosas, porque en ellas reside tu fuerza». A menudo es en estos pequeños momentos, aparentemente insignificantes, donde vivimos la Encarnación, haciendo presente a Cristo en el mundo a través de nuestro amor y nuestras acciones.

Cuando pienso en mis seres queridos en Oriente Medio y en las muchas personas que sufren en todo el mundo, recuerdo que el amor no nace del ruido ni de la grandeza, sino del silencio y la humildad. Una Navidad silenciosa no está desprovista de celebración, sino que está llena de esperanza. Es un recordatorio silencioso pero poderoso de que Dios está con nosotros, transformando el dolor en paz y la desesperación en esperanza.


Que esta Navidad nos recuerde a todos que debemos vivir la Encarnación, convertirnos en instrumentos del amor de Dios y permitir que su presencia brille a través de nuestra vida cotidiana. En el silencio de este tiempo santo, que el amor renazca en nuestros corazones y que podamos reflejar ese amor en un mundo que anhela la esperanza. Porque en el misterio de la Encarnación encontramos no solo el corazón de Dios, sino también el verdadero significado de nuestra propia humanidad.

Traducido por Magda Bennásar

[Monique Tarabeh es miembro de la congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor. Nacida en Damasco, Siria, Monique reside actualmente en San Luis. Trabajó en el Líbano durante 10 años como directora de un hogar intercultural para niñas y fue miembro del equipo de formación de la provincia durante seis años. Monique tiene un máster en diseño gráfico y comunicación, lo que la llevó a desempeñar el cargo de directora de comunicaciones de su congregación. También fue nombrada presidenta de Multimedia International en Roma.]

¡Contactáanos!

info@GlobalSistersReport.org

 Facebook.com/SistersReport

 @SistersReport

 @SistersReport



GLOBAL SISTERS REPORT

COMUNICACIÓN AL SERVICIO DE LA VIDA RELIGIOSA

en español